

LA REVOLUCIÓN

Teresa Domingo Català

Para Caro y Rafa

PERSONAJES.

POLICÍA I

POLICÍA II

TENIENTE

APOLONIO

EVA

ANTONIA

RUIZ

LOCUTORA

ACTO I

(Vemos una mesa y cuatro sillas En los dos lados de la mesa vemos dos de las sillas, las otras dos están en el lado derecho del escenario. Un cuadro con una foto de los Reyes de España, y en una de las esquinas una bandera española. Dos hombres entran en escena vestidos de policías.)

POLICÍA I. *(A la izquierda del escenario.)* No te lo vas a creer. Hemos detenido a un tío de casi cincuenta años por tirar cócteles molotov contra una empresa de trabajo temporal.

POLICÍA II. *(A dos pasos del Policía I.)* ¿Él solo?

POLICÍA I. Iba con una mujer, también mayorcita para meterse en esos líos.

POLICÍA II. ¿Y dónde están ahora?

POLICÍA I. *(Paseando por el escenario.)* Esperando para el interrogatorio. Aunque no hay nada que puedan alegar. Les hemos pillado con una botella de agua y una lata de gasolina.

POLICÍA II. *(Se sienta en una de las sillas del lado derecho del escenario.)* ¡Es increíble! Con esos años asaltando las propiedades ajenas.

POLICÍA I. Empiezan así, y luego acaban poniendo coches bomba.

POLICÍA II. Claro que si lo que vuelan son empresas de trabajo temporal quizá no lo hagan del todo mal. Un hijo mío estuvo trabajando para una y quedó hasta los mismísimos.

POLICÍA I. *(Escandalizado.)* Pero ¿qué dices? Nosotros estamos aquí para defender los bienes materiales y personales y la propiedad privada.

POLICÍA II. Pero es que a mi hijo le putearon mucho.

POLICÍA I. No le hables así al comisario, que sospechará de un policía rojo.

POLICÍA II. Yo no soy rojo, sólo que me duelen los míos.

POLICÍA I. Sí, en el fondo tienes razón, no te lo niego. Pero nuestro trabajo es nuestro trabajo.

POLICÍA II. Eso sí.

(Entran a escena el Teniente, Eva y Apolonio El policía II se levanta inmediatamente y el Policía I deja de pasear.)

TENIENTE. *(A los dos policías.)* Buenos días.

POLICÍA I y II. *(A la vez.)* Buenos días, señor.

TENIENTE. Estos son Apolonio Martín y Eva López Aguirre.

POLICÍA I. *(Al policía segundo, en voz baja.)* Son los del cóctel molotov.

POLICÍA II. *(Al policía primero, en voz baja.)* ¿Qué dices?

POLICÍA I. *(Al policía segundo, en susurros)* Los del cóctel, los del cóctel.

POLICÍA II. Sí son mayorcitos, ya, sí.

TENIENTE. *(A Apolonio y Eva.)* Siéntense, si son tan amables. *(El policía II acerca una de las sillas y la coloca al lado de la que ya está en frente de la mesa. Eva y Apolonio se sientan.)*

EVA. Mire usted, señor teniente, nosotros no hemos hecho nada. Apolonio y yo íbamos a pasear al Retiro y nos hemos encontrado con el follón.

TENIENTE. *(A Apolonio, sentándose también frente a los detenidos.)* ¿Siempre va usted con una lata de gasolina y una botella de agua de cristal en la mochila?

POLICÍA I. *(Los dos policías están al lado de la bandera española.) Al policía segundo, en voz baja.)* ¿Ves cómo te lo dije? Les hemos pillado in fraganti.

TENIENTE. *(Al policía primero.)* Ambrosio, por favor.

POLICÍA I. Perdón, mi teniente.

EVA. *(Gesticula sin cesar, pasándose la mano por la cabeza y por la boca.)* Nosotros no hemos tenido nada que ver, nada que ver. Y ahora, espero que pronto nos dejen salir de aquí, porque yo conozco a varios periodistas de “El País” y si no nos dejan salir inmediatamente, les juro que provocaré tal revuelo en los medios de comunicación que...

TENIENTE. *(A Apolonio, señalándole.)* Le he hecho una pregunta sobre el contenido de su mochila.

APOLONIO. Verás, perdona que te tutee pero es que eres muy joven.

POLICÍA I. *(A Apolonio.)* ¡Y lo que liga el tío, no se lo puede usted imaginar!

EVA. *(Al policía primero.)* Pues yo no me lo imagino, no.

TENIENTE. ¡Ambrosio!

APOLONIO. ¿Puedo explicarme?

TENIENTE. No quiero más interrupciones. Diga, Apolonio, y por favor, no me tutee.

APOLONIO. Es que te veo tan pimpollo.

TENIENTE. Un poco de respeto.

POLICÍA I. Eso señor, impóngase.

POLICÍA II. Ambrosio, es mejor que te calles.

TENIENTE. *(Levantándose, amenazador.)* A ver, ¿qué hacían ustedes al lado de la ett, con semejantes cosas en la mochila?

EVA. *(Se levanta ella también.)* ¡Exijo un abogado!

POLICÍA II. ¡A ver si esta mujer nos va a demandar!

TENIENTE. *(Se sienta, y Eva se sienta también.)* ¡Silencio!

APOLONIO. Pero ¿no quiere que le cuente lo que ha pasado?

TENIENTE. Sí, hable de una vez.

APOLONIO. Si es que no me dejan.

TENIENTE. Como vuelva a ver una interrupción más, me los cargo.

EVA. Cargo el que te va a caer a ti, mozalbete.

TENIENTE. Señora, que no respondo de mí.

POLICÍA I. ¿Quiere una tila, mi teniente?

TENIENTE. *(Da dos fuertes golpes en la mesa.)* ¡Quiero que se calle todo el mundo!

POLICÍA II. Eso me recuerda al coronel Tejero, ya sabéis, el del golpe de Estado.

APOLONIO. *(Tranquilo, risueño casi.)* Lo que ha pasado es muy sencillo de explicar. Yo había quedado con Eva, ya que me divorcié hace ya un par de años. Mariola, mi ex mujer, se puso muy contenta cuando le pedí el divorcio. Fue sorprendente, porque muchas mujeres a esta edad lo que quieren es seguir con su marido a toda costa, ya saben ustedes.

POLICÍA II. Sí, sí, si yo me divorciara mi mujer me cortaba a rodajitas.

TENIENTE. Por favor, un poco de seriedad.

APOLONIO. Mariola y yo nos conocimos muy jovencitos, estábamos los dos de vacaciones en la costa, casualmente nos alojábamos en el mismo hotel...

TENIENTE. (*Interrumpiendo bruscamente.*) Perdone, ¿y eso qué relación tiene con el caso que nos ocupa?

APOLONIO. ¿No quería usted que le contara la historia?

EVA. Es que el teniente es un hombre contradictorio. Ahora quiere que hables, luego quiere que nos callemos todos.

TENIENTE. (*A Apolonio.*) Cíñase al caso.

APOLONIO. Bien. Estábamos ahí, porque casualmente yo vivo tres calles más abajo y está muy cerca de la entrada al Retiro, la entrada de la derecha, (*hace gestos explicativos con la mano.*) Ya sabe usted, porque cuando nos divorciamos Mariola y yo, ella se quedó con la casa familiar, y yo me fui a vivir a un pisito que teníamos para alquilar, aunque afortunadamente nos quedamos sin inquilinos un año antes del divorcio. Fue todo muy civilizado, con un mismo abogado para los dos tuvimos suficiente. Quien lo hubiera dicho cuando la conocí, encima de la toalla. Lo primero que vi

POLICÍA I. ¿Las tetas? (*Ahueca las manos delante de su pecho.*)

APOLONIO. (*Al policía primero.*) No, los ojos. Qué ojos tiene Mariola, si usted se los viera.

TENIENTE. (*Con paciencia.*) Estábamos en el Retiro.

APOLONIO. Sí, el Retiro. Hace años que voy a correr un poco, Mariola nunca fue deportista, sabe usted. Ella con un libro o una revista tenía suficiente. Así fue poniéndose de gorda. Pero a mi no me importaba eso, pues a cada kilo de más

POLICÍA I. Más carne que tocar.

APOLONIO. Más se le embellecían los ojos.

EVA. ¡Qué profundidad de alma!

TENIENTE. Bien, estaban ustedes dos en el Retiro.

POLICÍA I. No, señor, estaban cerca pero no en el Retiro.

TENIENTE. Pues eso, que estaban ustedes cerca del Retiro.

APOLONIO. Cuando no me voy el fin de semana de excursión, voy a pasear al Retiro. Mariola siempre me decía que admiraba mi afición a los deportes, pero evidentemente ella no la compartía. Siempre fue así, ni siquiera le gustaba pasear. Así que casi era inevitable que nos fuéramos distanciando, pero ¡si la hubieran conocido de joven! Tan encantadora, tan sublime, con sus versos, porque ella escribía poesías, muy malas, eso sí, pero también muy tiernas, porque ella era muy dulce, muy suave, hablaba siempre bajito y andaba sin hacer ruido, como los indios, de tal manera que a veces me asustaba...

TENIENTE. *(Tamborilea las dos manos encima de la mesa.)* Por favor, Apolonio, a mi Mariola me suda los cojones.

EVA. *(Ofendida.)* No es necesario que sea tan vulgar.

TENIENTE. *(Sigue tamborileando con las dos manos, ahora encima de sus pantalones.)* Se me agota la paciencia.

APOLONIO. Es que quiero que comprendas, perdón, que usted comprenda mi afición a salir a correr, a pasear, a las excursiones.

POLICÍA II. Si es interesante, sí.

TENIENTE. *(Al policía segundo, fulminándole con los ojos.)* Señor Carrasco, no alimente más la berenjena mental de este hombre, que a cada momento que pasa es más sospechoso.

EVA. *(Semilevantándose y volviéndose a sentar.)* ¡Están todos locos! Apolonio, no les cuentes nada más. Nos tratan como si fuéramos etarras.

TENIENTE. Son alborotadores, como mínimo.

APOLONIO. Yo trabajo con Eva, *(le aprieta un brazo, con cariño.)* La empresa es muy famosa en el mundo de los seguros. No sé lo vieja que es con precisión pero yo llevo trabajando en ella desde el segundo año de mi matrimonio y Mariola y yo llevábamos veintidós años casados, nos divorciamos hace un par de años, así que soy agente de seguros desde hace, exactamente veintidós años, cuatro meses y trece días.

POLICÍA I. Qué yuyu.

TENIENTE. Sr. Apolonio Martín, por favor, circunscríbase al caso.

EVA. *(Al teniente.)* No podrá decir que Apolonio no colabora con usted.

TENIENTE. Hasta ahora no ha dicho nada relacionado con el tema que estamos investigando. *(Cruza sus manos sobre su regazo.)*

APOLONIO. La compañía siempre se ha portado bien conmigo, claro que yo le sido fiel también. Tengan todos ustedes en cuenta que a un comercial con tan buen pedigrí como yo le han llovido ofertas de todos los sitios, pero nunca me he pasado a la competencia. Eva y yo, como ustedes ya saben, somos compañeros de trabajo, nos conocimos hace unos cinco meses, cuando a ella la trasladaron a mi departamento, y entre los dos somos los que hemos vendido los ataúdes más caros y las coronas de flores más artísticas, en una sana competencia que nos ha llevado a intimar, pero no como ustedes pueden malinterpretar, que yo sólo he intimado de verdad con mi ex mujer y alguna aventura ocasional. Nos ha llevado a intimar nuestra profesión y nuestra afición por el deporte.

EVA. *(Resoplando.)* Y hemos terminado en comisaría.

TENIENTE. *(Conteniendo su enfado.)* Ambrosio, tráigame un Trankimacín.

POLICÍA I. Ahora mismo, señor.

(El policía primero sale de escena y vuelve en unos pocos segundos, con una pastilla y un vaso de agua. Se coloca otra vez al lado del Policía II)

POLICÍA I. *(Le da el vaso y la pastilla.)* Tenga, mi teniente.

TENIENTE. Gracias. *(Se toma la pastilla, bebe dos sorbos de agua y deja el vaso encima de la mesa.)*

EVA. *(Al policía primero.)* A mi también podría traerme un poco de agua, la verdad.

TENIENTE. *(Con sorna.)* O mejor una Coca Cola.

EVA. A poder ser, agua mineral, sin gas.

TENIENTE. *(A Apolonio, con ironía.)* ¿Y usted, quiere un agua tónica?

APOLONIO. Un güisquito me caería mejor.

TENIENTE. *(Levantándose.)* ¡Y una mierda! Ahora mismo me cuentan qué hacían allí, y a que grupo pertenecen.

EVA. *(Con sarcasmo.)* Yo, a la asociación de vecinos de mi barrio y al club de las amantes de la canasta.

TENIENTE. *(Sin hacer caso a Eva.)* ¡Apolonio, empiece a hablar con algo de sentido!

APOLONIO. *(Extrañándose del tono del Teniente.)* Si ya lo estoy haciendo.

POLICÍA II. Este hombre podría ir a la tele a contar su vida. Mira que tiene labia.

POLICÍA I. Es que eso de vender lo debe llevar en la sangre.

APOLONIO. *(Sigue tranquilo, como si el caso no fuera con él.)*
Cuando llega el fin de semana suelo estar muy cansado, entre lunes y viernes me pateo media ciudad intentando convencer a la gente que elija lápidas a su gusto, y a ser posible que piensen ya en el epitafio, que cuando les llegue la hora no lo podrán decidir. Es algo así como la eutanasia, que uno debería dejarlo firmado antes de quedar terminal.

TENIENTE. *(Agarrando el vaso con furia.)* Terminal va a quedar usted dentro de unos pocos minutos.

EVA. *(Con la voz aguda, estridente.)* Ahora, nos amenaza.

TENIENTE. *(Mirando hacia el cielo unos segundos.)* Es que este hombre es insoportable.

APOLONIO. *(Con mucha seriedad.)* No me interrumpa, que pierdo el hilo y luego no sé que quería decir.

TENIENTE. *(Se sienta.)* Continúe.

APOLONIO. Durante la semana quedo agobiado con tanto metro, bus y cercanías, así que cuando llegan el sábado y el domingo, programo mis excursiones. En realidad, las programo con días de antelación, no se vaya a creer, que yo soy precavido. No siempre he sido así, por eso me han ocurrido varias desgracias.

TENIENTE. *(Espantado.)* ¡No queremos oírlas!

APOLONIO. Es que tienen mucha relación con este caso.

TENIENTE. *(Resignado.)* Resuma.

APOLONIO. Una vez me encontré tirado en plena sierra, con el coche. No llevaba nada de repuesto, tuve que andar quince kilómetros hasta encontrar un teléfono. Entonces no había móviles y es que esto del teléfono móvil es un gran invento.

TENIENTE. *(Suspirando.)* Indudablemente.

APOLONIO. Me quedé sin gasolina. Era en pleno verano, me moría de sed. Cuando llegué a aquella casita bebí con la furia de los caballos de carreras. Nunca he visto beber a ninguno pero me imagino como deben hacerlo, por las películas del Oeste. Allí se les ve meter los hocicos en los abrevaderos y yo me metí tanta agua en el cuerpo que me dieron ganas de relinchar, aunque claro, no lo hice, por respeto a mis anfitriones, que tan amables fueron conmigo.

TENIENTE. (*Bostezando.*) Continúe.

APOLONIO. Desde entonces, siempre llevo en la mochila una lata de gasolina y una botella de agua. Y de cristal, sí, porque no me fío del plástico. El plástico, como todos ustedes saben, es un derivado del petróleo y digo yo, de semejante cosa asquerosa es imposible que pueda salir nada bueno.

EVA. (*Cruzando las manos encima de sus rodillas.*) Ya tienen la explicación.

TENIENTE. (*Levantándose y dando una vuelta por detrás de la silla.*) Y yo que me la creo.

POLICÍA II. Puede que sea cierto.

POLICÍA I. Teniente, estas dos personas echaron a correr en el lugar de los hechos nada más vernos.

EVA. (*Al teniente.*) ¿Y qué quería que hiciéramos? Nada más oír la explosión, corrimos. No nos íbamos a quedar allí.

POLICÍA I. (*Inquisitivo.*) Quien corre es que tiene algo que ocultar.

APOLONIO. (*Sigue tranquilo, relajado.*) Una vez, hace ya muchos años, yo aún tenía la esperanza de tener una niña, después de los dos chicos, fui testigo de un incendio que se cobró varias

vidas humanas. Era una casa, explotó, y el ruido fue muy similar. Así que lógicamente, cuando hemos oído el bum bum hemos echado a correr, no fuera que nos tocara recibir algún trozo de metralla.

TENIENTE. *(Irónico.)* ¿De un cóctel molotov?

EVA. *(Sigue con su tono orgulloso.)* Nosotros no sabemos ni qué es eso.

TENIENTE. Bien, señora. Creo que la interrogaré a usted primero.

EVA. Yo me niego a decir ni mu sin mi agua mineral y sin un abogado.

TENIENTE. *(Se apoya en la silla, y entrecruza las piernas.)* La podemos acusar de terrorista.

EVA. *(Levantándose también.)* Mi padre es un comandante del Ejército de Tierra.

POLICÍA I. *(Se echa las manos a la cabeza.)* ¡Madre mía, como está el mundo!

POLICÍA II. *(Entrecerrando los ojos.)* Si aún terminaremos perdiendo el curro.

TENIENTE. *(Sin dejarse amilanar, pasea detrás de la silla.)* Pues si el comandante supiera en que lío se ha metido la hija...

EVA. *(A Apolonio, sentándose y cruzando las piernas.)* ¿Tú eres un terrorista?

APOLONIO. Yo no creo en el uso de la fuerza. La Humanidad camina cada vez más hacia su extinción. El planeta no podrá soportar tanta superproducción, tanto consumo sin ton ni son, y ahí tenemos el tema de la reproducción, dentro de poco tiempo la raza blanca será minoritaria y surgirá un nuevo Adolfo para protegerla. Ya lo verán todos.

TENIENTE. *(A Apolonio, señalándose con el dedo.)* ¿A qué grupo pertenece?

EVA. ¡Quiero llamar a mi padre!

TENIENTE. *(Muy deprisa, sin cejar de pasear detrás de la silla.)* Usted hasta que no se aclare su participación en los hechos no va a llamar a nadie.

EVA. Mi padre es un hombre muy influyente. Conoce a varios generales y tenientes generales.

TENIENTE. Carrasco, compruebe la información que nos da la señora.

POLICÍA II. Sí, señor. *(Sale de escena.)*

TENIENTE. *(A Apolonio. Retira la mesa el espacio suficiente para sentarse en ella directamente en frente de Apolonio.)* Así que su versión es que usted lleva normalmente y por regla general, botellas de cristal y gasolina en su mochila.

APOLONIO. *(Sin pestañear, sigue tranquilo, como antes.)* Sí, señor teniente. Me he escarmentado en mis excursiones, he quedado colgado un par de veces, como en la que anteriormente le he descrito, y me he convertido en un hombre precavido y previsor de posibles catástrofes y calamidades, que a veces se originan simplemente con un pequeño descuido o despiste, como la casa aquella que le he estado contando, que desgraciadamente se quemó hasta los cimientos.

POLICÍA I. ¡Qué barbaridad!

APOLONIO. Y es que encima no tenían seguro, aunque de poco les hubiera servido, pues quedaron bien tostados y hasta quemados todos sus habitantes. No se salvó ni el loro. *(Al Policía I.)* Sabe usted, y eso que era un loro muy inteligente.

EVA. Apolonio, no demuestras mucha sensibilidad al hablar así de esa pobre gente.

TENIENTE. *(A Apolonio.)* Bien, lo que pretende usted que yo me crea es que pasaba por allí con una botella de cristal y una lata de gasolina como lo más normal del mundo.

(Entra el policía segundo. Se sitúa al lado de Eva, en diagonal con el Teniente.)

POLICÍA II. Señor, ciertamente la señora Eva López Aguirre es la hija del comandante retirado López Feriano. He hablado con el mismo comandante, que está escandalizado con la detención de su hija, y además, está dispuesto a remover lo que haga falta con tal de que sea puesta en libertad.

EVA. *(Con ternura, juntando las manos como si fuera a rezar.)* Mi papuchi.

TENIENTE. En honor a la verdad, los utensilios del crimen obraban en poder de Apolonio Martín.

EVA. Si a mí me dejan salir, deberían también liberar a Apolonio. Estábamos juntos y yo sé que él no ha hecho nada.

TENIENTE. *(A Eva.)* Usted ¿conoce bien a Apolonio Martín?

EVA. *(Dudosa.)* Pues... del trabajo. Hoy era el primer día que salíamos a pasear.

TENIENTE. *(Acercándose a Eva.)* ¿Y el señor Apolonio Martín sabía que es usted hija de un comandante del ejército?

EVA. Yo no lo voy pregonando por ahí, pero tampoco lo oculto. Es posible que lo supiera.

TENIENTE. *(Acercándose todavía más.)* ¿Y no sería posible, que poseyendo esa información, quedara con usted para tener una perfecta coartada, mientras dirigía el ataque contra una ett?

EVA. (*Dubitativa.*) No sé.

POLICÍA I. ¡Qué inteligente es usted, mi teniente!

POLICÍA II. (*Se coloca junto al Policía I.*) Un poco rebuscado sí que es el argumento.

TENIENTE. (*Saltando de la mesa.*) ¡Ni rebuscado ni ostias! ¿Es qué no lo veis? Hemos detenido a un cabecilla. Todos los indicios y las pruebas lo confirman.

APOLONIO. (*Al teniente.*) Es verdaderamente notable encontrar un policía tan imaginativo, ya que por regla general los que se dedican al oficio de perseguir la delincuencia y defender a los honrados ciudadanos que pagamos con puntualidad y rigor nuestros impuestos, no suelen estar dotados con el don maravilloso de la fantasía. Si usted ha leído *La Historia Interminable* sabrá que...

TENIENTE. ¡Cállese, que voy a perder los estribos!

EVA. (*Levantándose dignamente.*) Y yo, ¿me puedo ir ya o qué?

POLICÍA II. Teniente, mejor que la dejemos ir.

TENIENTE. De acuerdo, ponedla en libertad.

EVA. (*A Apolonio.*) No te preocupes Apolonio, te sacaré pronto de aquí.

TENIENTE. (*A Eva.*) Usted no sacará a nadie de ningún sitio.

EVA. Yo, no. Mi padre.

TENIENTE. Su padre no podrá hacer nada para salvar a un presunto terrorista.

APOLONIO. (*Jocoso.*) De alborotador a terrorista, mi categoría va aumentando, como no podía ser menos. Ya me pasó en la compañía, de simple agente a jefe de equipo, y no se crea que de una mala zona, no, que me ocupo precisamente de la zona de El Viso, muy buena, por cierto, entre otras. Aunque en el fondo

prefería la antigua, en la zona de Carabanchel. Allí la gente como era sencilla no se impresionaba tanto con el tema de la muerte.

TENIENTE. *(A los policías primero y segundo.)* Pongan en libertad a esta mujer. *(A Eva.)* Supongo le hablará usted al comandante de mi gran perspicacia y dotes de mando. Le daré una tarjeta. *(Se pone una mano en el bolsillo de la americana y se la pasa a Eva.)*

EVA. *(Coge la tarjeta y se dirige a la puerta.)* Apolonio, me voy pero no te dejo solo. En espíritu estaré contigo.

(Los policías primero y segundo y Eva salen de escena.)

TENIENTE. *(Con ironía, paseando por la escena delante y detrás de Apolonio alternativamente.)* Ahora, usted y yo estamos solitos.

APOLONIO. Mire usted teniente, se equivoca conmigo. Yo he salido mucho por todas partes y todos los sitios y tengo amigos de todas clases y maneras. No discrimino a la gente sobre sus gustos y actitudes, pero yo no comulgo con las reinas de la noche.

TENIENTE. *(Deteniéndose justo detrás de Apolonio.)* ¿Y eso que tiene que ver?

APOLONIO. *(Hablándole al retrato de los Reyes.)* Tendría mucho éxito en el ambiente, pues a muchos les van los uniformes y los hombres viriles como usted, que imagino bien dotado. No es que a mi me importe, ya sabe, yo respeto a todo el mundo, pero en la vida he cambiado de acera para cruzar por ciertos sitios penumbrosos y con mala fama.

TENIENTE. *(Se coloca delante de Apolonio.)* ¿Qué coño está insinuando?

APOLONIO. Eso, que aunque nos quedemos solitos eso no quiere decir que, por muy teniente que sea, pueda usted echarme a mi los

tejos y ni mucho menos pretender que yo le coja una de sus manos masculinas y aguerridas.

TENIENTE. *(Con las manos en la cabeza, mirando al techo, caminando presuroso por toda la sala.)* ¡Lo mato! ¡Yo a este hombre lo mato!

APOLONIO. Y además enfurecerse porque yo soy heterosexual, no es que me parezca mal que usted no lo sea, pues cada uno ya sabe a estos años los nuestros – aunque sea usted más jovencito – lo que le gusta y le disgusta. Y me voy a adelantar al argumento aquel de que quien no lo prueba no lo sabe, ya que es evidente que cuando a uno no le tira la llamada de otros hombres, pues que le va a hacer, pero no crea que por eso me parece mal.

TENIENTE. *(Encarándose a Apolonio.)* Aquí el único maricón es usted.

APOLONIO. Si llevo un rato diciendo que no lo soy. Además esa palabra es bien fea, teniente, indigna de un mozo educado y seguramente universitario como usted. Que estas cosas las digan gente sin cultura, y fijese que digo sin cultura, no sin educación, pues la cultura no tiene que ver con el conocimiento adquirido sino con la forma y la manera en que uno ve el mundo porque

TENIENTE. *(A gritos, paseando nerviosamente por la escena.)*
¡Ambrosio! ¡Carrasco!

(Los policías primero y segundo entran en escena rápidamente.)

POLICÍA I. ¡Señor!

POLICÍA II. ¿Ocurre alguna cosa?

TENIENTE. Les necesito para que contengan mi rabia y mi furor. Este hombre debe tener importantes conexiones, tiene que saber cosas importantes, porque no deja de hablar sobre tonterías y

encima se toma (*carraspea*) se toma la licencia de (*le falta aire*) de insultarme.

APOLONIO. Yo no le he insultado, ha sido usted que, aprovechando la coyuntura de la soledad, ha aprovechado para insinuarse ante mí. Claro, como yo le he dicho que no, ha refrenado sus ansias lujuriosas, y ahora, claro está, no las va a admitir delante de sus subordinados, pero que le quede claro que aquí el gay es usted.

POLICÍA I. ¿El teniente, gay?

POLICÍA II. Lo que sale a poco que se escarbe.

TENIENTE. (*Delante de Apolonio.*) ¡Yo a este hombre es que le degüello!

APOLONIO. (*Al teniente.*) Y alégrese de no vivir en los tiempos de la Inquisición, que ya lo decía aquel gran vate que fue Quevedo: y como puto muera yo quemado, porque en esas épocas, a los homosexuales se les quemaba en la hoguera. Hitler también hizo freír a algunos, los pobres, y todo porque no les gustaban las almejas, que reconozco están muy ricas pero claro, no a todo el mundo le gusta lo mismo, eso hay que tenerlo en mucha consideración.

TENIENTE. Usted, y voy a cortar por lo sano, está obsesionado con el fuego.

POLICÍA I. Es verdad.

POLICÍA II. La casa, la inquisición, los hornos de los nazis.

TENIENTE. Y los cócteles molotov.

APOLONIO. Hay quien quiere montar los puzzles sin detenerse a mirar el dibujo de la caja y va encajando a la fuerza piezas y más piezas. Al final le sale como la barbacoa de Homer Simpson pero

eso no le quita de sentirse orgulloso de la mediocridad de sus pobres resultados. *(Al teniente.)* Debe usted pertenecer a esa clase de gente.

TENIENTE. *(Ufano.)* No va a conseguir hacerme perder la calma otra vez. El tiempo va transcurriendo, y yo cada vez estoy más seguro de mi tesis. *(Se sienta en la silla de detrás de la mesa.)*

APOLONIO. Si está haciendo una tesis lo mejor que puede hacer es buscarse un buen director. Yo hice la mía sobre las Brigadas Rojas, que en aquellos años estaban muy activas, no conseguí entrevistarme con ninguno de sus miembros pero no fue óbice para presentar mucha documentación y, finalmente, con el apoyo de alguien que no voy a mencionar, me doctoré cum laude en la Complutense.

TENIENTE. *(Sonriendo casi feliz.)* ¿Así que hizo la tesis sobre las Brigadas Rojas?

APOLONIO. Sí.

TENIENTE. ¿No añade nada más?

APOLONIO. Me estoy cansando de hablar, porque usted parece una pared impenetrable, sesga mis palabras, les da otro sentido, interpreta mal las situaciones, es cerrado de mente, incluso me atrevería a decir cerril, y sólo conoce el lenguaje del ordeno y mando, o como decía mi madre: “Mando y dispongo y que se haga pronto”.

TENIENTE. *(Balanceándose en la silla.)* Quevedo y su madre, extraña compañía. Y las Brigadas Rojas y un amigo misterioso.

POLICÍA I. *(Al teniente.)* Señor, mejor le dejamos solo. Ya verá como el hambre y el sueño le hacen recapacitar y mañana estará más receptivo.

TENIENTE. Pero ni una mano encima.

POLICÍA I. No hace falta, le pondremos el disco del Bisbal.

(Suena Bulería mientras cae el telón.)

ACTO II

(Vemos la misma sala, con la mesa y las sillas.)

APOLONIO. *(Sentado en frente del escenario. Tiene detrás la mesa con la silla, y otra silla al lado. La cuarta silla ha desaparecido.)* No sé que hora debe ser, estos tipos me han quitado el reloj para que no pueda orientarme. Y yo mentalmente no sé calcular. Antes sabía, sí, era maravilloso, podía calcular el tiempo pero después de aquella gripe tan terrible me quedé desmemoriado. No sé que tendrá que ver la gripe con la memoria, quizás en realidad fuera otra cosa. Y la memoria y el paso del tiempo ¿tienen algo que ver? Y yo que sé. Tengo hambre, tengo sueño y estos imbéciles empeñados en convertirme en la cara española de Bin Laden. Yo, un triste y aburrido agente de seguros,

que más parece que trabaje en una funeraria, yo, metido en un lío como éste, sólo por pasar por delante de una ett y por mi espíritu previsor. ¿Pero estos idiotas creen que Al Qaeda se dedica a las empresas de trabajo temporal? No sé, ya desvarío. No sé que quieren que les cuente. Será cuestión de agudizar el oído, utilizar la inteligencia que me dieron los genes familiares, y que me dejen comer y dormir de una vez por todas.

(Entran en escena el teniente, el policía primero y el policía segundo. El teniente se dirige a la silla que está en frente de Apolonio, y los dos policías se quedan de pie al lado de la bandera española.)

TENIENTE. Supongo que ahora no estará tan parlanchín.

APOLONIO. ¿Qué es lo que quiere?

TENIENTE. La verdad.

POLICÍA I. El teniente quiere la verdad.

APOLONIO. La verdad no existe.

TENIENTE. La verdad es que usted dirige y alimenta una célula de alborotadores y vándalos, seguramente de extrema izquierda y quien sabe si con vínculos de la kale borroka.

POLICÍA II. El teniente sabe idiomas.

APOLONIO. ¿Si le cuento, me dejará comer y dormir?

TENIENTE. Pero me tiene que contar, ¿eh? Quiero información de la mejor calidad.

POLICÍA II. El teniente quiere ascender.

POLICÍA I. Todos queremos ascender.

APOLONIO. Bien, les contaré todo. Sólo si me firman los tres por escrito que tras mi confesión, que será mucho más productiva de lo que ustedes imaginarse puedan, podré dormir ocho horas seguidas

y comer un buen plato de lentejas, con su choricito y su morcilla, con poquitos de zanahoria y de patata cocida.

POLICÍA II. Como las hacía su madre, no diga más.

TENIENTE. Podrá dormir las ocho horas y comerse sus lentejas.

APOLONIO. Pues vayan tomando nota, que lo que les voy a contar les hará ascender a todos ustedes de esta ínfima y mísera comisaría, respetando lo que hay, a los altos mandos de nuestras Fuerzas de Seguridad, quien sabe si no obtendrán algún puesto en algún ministerio que les dé de comer y hasta vivir de rentas en un futuro no muy lejano.

TENIENTE. Empiece de una vez. *(A los policías primero y segundo.)* Vayan apuntando lo que dice este hombre.

POLICÍA II. Mejor le grabamos y luego que la agente Santos transcriba.

APOLONIO. Antes me tienen que firmar lo del sueño y las lentejas.

TENIENTE. Ahora mismo.

(El teniente saca una hoja de uno de los cajones de la mesa y escribe en ella, firma y les pasa la hoja a los policías primero y segundo, que también firman, acercándose a la mesa.)

TENIENTE. Aquí lo tiene, se lo puede guardar en un bolsillo, mientras tanto.

APOLONIO. *(Lee.)* Aquí no pone nada de la zanahoria y la patata cocida.

TENIENTE. *(Suspirando.)* Traiga, ahora lo añadido. *(Apolonio le da la hoja, el teniente escribe y luego se la devuelve.)*

POLICÍA II. Quizá quiera primero las lentejas.

APOLONIO. Ahora la hoja dice todo lo que tiene que decir. Y sí *(al policía segundo.)* mientras les cuento podría comerme esas lentejitas.

POLICÍA I. Como las hacía su madre.

TENIENTE. Carrasco, vaya a buscar esas lentejas.

APOLONIO. Y de paso un rioja.

TENIENTE. Nada de alcohol.

APOLONIO. ¿Y una limonada?

POLICÍA I. Eso no entraba en el trato.

TENIENTE. *(Al policía segundo.)* Tráigale una limonada.

APOLONIO. *(Al policía segundo.)* Bien fresquita. Con mucho hielo.

TENIENTE. ¿Un sorbete de limón?

APOLONIO. Una pajita.

TENIENTE. *(Al policía segundo.)* Ya lo ha oído, limonada, bien fresquita, con hielo, y una pajita.

POLICÍA II. Sí, señor. *(Sale de escena.)*

TENIENTE. *(A Apolonio.)* Mientras nos podría decir a que grupo pertenece.

APOLONIO. *(Con tono conspirador. Por primera vez Apolonio deja atrás su postura y estira las piernas, tocando las patas de la mesa.)* Es un grupúsculo muy secreto, una especie de nueva Mano Negra.

TENIENTE. *(Ávido de conocimiento.)* ¿Y son muchos?

APOLONIO. *(Cruzando los pies.)* No sé el número exacto, pero estamos infiltrados en todos los estratos de la sociedad.

TENIENTE. *(Para sí.)* ¡Madre mía! Ya me olía yo que estaba tirando del cordel de un ovillo enorme.

APOLONIO. (*Gesticula la palabra gigantesco.*) Más que enorme, gigantesco.

TENIENTE. Cuente, cuente.

POLICÍA I. Señor ¿ha notado que el detenido no suelta ahora grandes parrafadas?

APOLONIO. Tengo hambre y sueño.

TENIENTE. (*Al policía primero.*) ¿Ves? No es necesario torturar a nadie. Con un día sin dormir este hombre ya está dispuesto a contar todo lo que sabe.

POLICÍA I. Y quizá hasta lo que no sabe.

APOLONIO. ¿Tardarán mucho las lentejas?

TENIENTE. (*Nervioso.*) ¿Cómo se llama el grupo? ¿Cuántos militantes tiene?

APOLONIO. Yo no conozco a todos los integrantes, pero como mínimo somos unos quince mil.

TENIENTE. (*Entusiasmado.*) ¡Esto es inconmensurable!

POLICÍA I. Inescrutable.

APOLONIO. (*Sigue con tono conspirador.*) Estamos diseminados entre todas las clases sociales. Miembros de nuestro grupo tienen destacados puestos de responsabilidad hasta en el ejército.

TENIENTE. (*Contentísimo.*) ¡No puede ser!

APOLONIO. (*Asintiendo.*) ¡Y tanto que sí!

TENIENTE. El nombre, dígame como se llaman.

APOLONIO. Somos los Liliputienses Esféricos Liberadores de la Ocupación de las Semillas.

TENIENTE. ¿Qué de nombre es ese?

POLICÍA I. Son los LELOS, señor.

TENIENTE. ¿LELOS?

APOLONIO. Es que nos inscribimos en el Registro de Asociaciones. Nos hacemos pasar por agricultores.

TENIENTE. Una pandilla de pirados.

POLICÍA I. De quince mil pirados, señor.

TENIENTE. *(Se levanta y pasea delante de Apolonio.)* Bien, bien. Son los LELOS, quince mil militantes, que se dedican a quemar las etts por oscuros motivos.

APOLONIO. De oscuros, nada. Nuestros motivos son bien claros.

POLICÍA I. Porque son unos explotadores.

TENIENTE. ¡Ambrosio!

POLICÍA I. Yo sólo aclaraba los motivos, señor. Es así. Al pan, pan, y al vino, más vino.

APOLONIO. Ya lo ha dicho aquí, Ambrosio, *(al policía primero.)* si me permite la confianza.

POLICÍA I. Aquí al cabo de un rato ya somos todos colegas.

TENIENTE. Ambrosio, compórtese.

APOLONIO. Yo quiero mis lentejas.

TENIENTE. Sigamos, que esto es interesante.

POLICÍA I. La grabadora, señor.

TENIENTE. Sí. *(Pone en marcha la grabadora.)* Repita, Apolonio.

APOLONIO. Somos los LELOS, Liliputienses Esofágicos Liberadores de la Obcecación de las Semillas. Tenemos quince mil militantes en todo el país, divididos entre los distintos núcleos de poder.

(Entra el policía segundo con un plato de lentejas en una mano y un gran vaso con limonada y una pajita en la otra.)

TENIENTE. Deje todo ahí, encima de la mesa.

(El policía segundo deja el plato y el vaso encima de la mesa.)

POLICÍA II. *(A Apolonio.)* ¿Hay hambre, eh?

APOLONIO. *(Se acerca a la mesa, coge la silla y se sienta, listo para comer.)* ¿Y los cubiertos?

POLICÍA II. ¿Traigo cuchara y tenedor?

TENIENTE. Pero de plástico.

APOLONIO. Yo quiero comer, no se preocupe, que no le voy a atacar.

TENIENTE. *(Al policía segundo, repite.)* De plástico.

POLICÍA II. Ahora mismo, señor.

(El policía segundo sale de escena y entra poco después, con los cubiertos de plástico. Se los da a Apolonio, que empieza a comer. El Teniente, el Policía I y el Policía II miran atentamente como come Apolonio. Los tres están detrás de la mesa, de pie.)

APOLONIO. *(Comiendo.)* Qué buenas están.

POLICÍA I. ¿Cómo las de su mamá?

APOLONIO. *(Con la boca llena.)* Mejores.

POLICÍA II. Eso es la misma hambre.

TENIENTE. Bueno, prosigamos.

POLICÍA II. Pero hombre, déjelo comer tranquilo.

TENIENTE. Señor Carrasco, no sea impertinente. Aquí estamos a punto de descubrir una red terrorista de alcance nacional, que hasta ahora sólo ha quemado etts y sedes de los bancos, pero que seguramente sus intenciones son provocar el desorden y el caos en toda la nación.

APOLONIO. *(Comiendo.)* Y mucho más. Pero para que les cuente todo tendrán que prometerme protección policial, porque si no mis compañeros pueden querer matarme.

TENIENTE. Eso lo tiene garantizado.

APOLONIO. Pero por escrito, por favor.

(Apolonio sigue comiendo y el teniente escribe en una hoja, de pie.)

POLICÍA II. A mi me está entrando hambre de ver comer a este hombre.

POLICÍA I. Podríamos comernos unas lentejitas, nosotros también.

TENIENTE. Por favor señores, disciplina y compostura.

POLICÍA I. Sí, señor.

POLICÍA II. Lo que usted diga, señor.

TENIENTE. Aquí tiene garantizada la protección policial, de mi mano y letra.

APOLONIO. De mi puño y letra, *(con sorna.)* Señor.

TENIENTE. Usted está enterado de muchas cosas.

APOLONIO. Y usted lo estará también muy pronto.

TENIENTE. Tenga la hoja, también se la puede guardar.

APOLONIO. Estoy coleccionando hojas policiales.

TENIENTE. Este es un asunto muy serio.

POLICÍA I. Y tan serio.

POLICÍA II. *(Mirando el plato.)* Se lo ha comido todo.

APOLONIO. No es por nada, pero no me han traído pan.

TENIENTE. Así le subirá menos el colesterol.

APOLONIO. Y ahora tengo sueño.

POLICÍA II. Déjele dormir, que se cae el pobre hombre.

TENIENTE. Antes tiene que hablar.

(Apolonio se bebe con la pajita toda la limonada.)

POLICÍA II. Es un poco raro que tuviera más hambre que sed.

APOLONIO. Yo soy un hombre peculiar.

TENIENTE. ¡Nada de dormir! ¡Hablar!

APOLONIO. Como quiera. *(Apoya los dos brazos en la mesa, pone sobre ellos la cabeza y cierra los ojos.)*

POLICÍA II. No se pueden contravenir los dictámenes de la madre naturaleza, señor.

TENIENTE. Pero ¿qué hace este hombre?

POLICÍA I. Tiene sueño.

TENIENTE. ¡Despierte!

APOLONIO. *(Alza la cabeza y abre los ojos.)* ¿Dónde estoy?

TENIENTE. ¡En el infierno!

APOLONIO. Ya decía yo que creía haber visto a Satanás. Y estos dos *(señala a los dos policías)* deben ser Lucifer y Belcebú.

TENIENTE. ¿Y usted, quién es?

APOLONIO. Apolonio Martín, agente de seguros, para servir a Dios y a usted.

TENIENTE. ¡Menos guasa!

APOLONIO. Para ser Satanás en persona tiene poca labia. Dicen que el demonio sabe más por viejo que por demonio, pero es no tener en cuenta la extensa sabiduría de los caminos del mal, que como todos sabemos son esféricos y circunferenciales.

TENIENTE. Para estar a punto de dormirse vuelve a recuperar la verborrea.

APOLONIO. Pura deformación profesional. *(Vuelve a quedarse dormido.)*

POLICÍA II. Mejor le deja dormir, en este estado no creo que pudiera contar muchas cosas.

TENIENTE. Vigílenle, y cuando despierte, me avisan.

(Sale el teniente de escena. Los Policías I y II cogen dos sillas y se sientan frente al escenario, dejando a Apolonio, que duerme apoyado en la mesa, en medio.)

POLICÍA I. El detenido afirma pertenecer a un grupo llamado LELOS y dice que son quince mil dispuestos a realizar toda clase de desmanes.

POLICÍA II. Me suena a cachondeo.

POLICÍA I. No sé que pensar.

POLICÍA II. Yo del teniente lo que haría sería dejarle en libertad y vigilarle, por si lo que dice tiene visos de realidad.

POLICÍA I. Esta gente está muy preparada. Quizá nos diera el esquinazo.

POLICÍA II. No sé, no veo muy claro todo este asunto.

POLICÍA I. Es cosa del teniente.

POLICÍA II. Sí, sobre él caerá el mérito o la deshonra.

(Los dos policías bostezan y en unos pocos segundos quedan dormidos. Pequeña pausa.)

APOLONIO. *(Se despereza.)* Ay... Esto es el infierno, qué duda cabe. ¡Qué dolor de cuello! *(Se lo acaricia.)* ¡Qué bruma, qué tiniebla! Estoy en la comisaría... Mira que son burros. ¿Qué hora debe ser? Es lo que llevo peor de estar aquí, no saber en que hora vivo. *(Mira a los dos policías que todavía duermen.)* Y estos dos, más fritos que Juana de Arco. ¡Oigan! ¡Oigan!

POLICÍA I. ¡Ya viene! ¡Ya viene!

POLICÍA II. ¿Quién está ahí? ¿Dónde? *(Con la pistola en la mano.)*

APOLONIO. Que soy yo, hombres de poca fe.

POLICÍA I. *(Irguiéndose.)* Voy a avisar al teniente.

POLICÍA II. ¡Qué susto nos ha pegado! Podía haber sido más suave.

APOLONIO. Se supone que ustedes me estaban vigilando.

(El policía primero sale de escena. Regresa con el teniente. Se colocan los dos detrás de la mesa.)

APOLONIO. *(Al policía segundo, que se ha puesto de pie y se coloca con los otros dos.)* ¿Sería tan amable de decirme la hora?

POLICÍA II. Son las cuatro de la tarde.

APOLONIO. ¿Y qué día es hoy?

TENIENTE. Demasiadas preguntas. Aquí el único que interroga soy yo. Ahora ya ha dormido, así que ya puede empezar a cantar.

APOLONIO. Es usted bien poco original.

TENIENTE. Si quiere bailar aquí nadie se lo va a impedir.

APOLONIO. El tango, por ejemplo, aquí Ambrosio o el señor Carrasco podrían hacer de pareja de baile.

TENIENTE. ¡A lo nuestro!

APOLONIO. Será a lo suyo.

TENIENTE. Yo he cumplido mi parte del trato, ahora cumpla usted la suya.

APOLONIO. Todavía no he dormido mis ocho horas.

TENIENTE. *(Amenazador.)* Pero las dormiré, y todavía dormiré más si no me responde inmediatamente.

POLICÍA II. Quizá deba dormir las ocho horas.

APOLONIO. ¡Qué bien, después de comer y descansar vuelvo a ser quien era! Ustedes no lo saben, pero yo, con un poquito de comer y un poquito de dormir...

POLICÍA II. *(Interrumpiendo.)* De comer no tan poquito.

APOLONIO. No me interrumpa, hombre. Iba a hablar de las sirenas, que nadan por los mares, perdidas, enseñando las tetas a los navegantes. No es el Triángulo de las Bermudas, no, son las sirenas, que, desplegadas en los océanos, llevan a la perdición a los posibles y futuros revolucionarios del mundo.

TENIENTE. No me venga con chaladuras y desembuche. *(Pone en marcha la grabadora.)*

APOLONIO. ¿Por dónde quiere que empiece? Porque la historia es muy, muy larga. Yo milito en LELOS desde hace cinco años, que fue cuando el grupo empezó a organizarse. Entonces éramos poquitos, quizá llegábamos a quinientos en todo el país, quizá no, pero nuestro número fue aumentando, poco a poco.

TENIENTE. *(Sentándose.)* ¡De quinientos a quince mil! ¿Cómo lo lograron?

APOLONIO. Internet fue una gran arma. Teníamos un web, www.lelos.com, allí colgábamos la información políticamente correcta, dábamos pistas sobre la ideología del grupo, animábamos a la gente a movilizarse y no excluíamos a nadie, todos teníamos la misma importancia.

TENIENTE. ¿Qué ideología era esa?

APOLONIO. Tratábamos de atraer a toda la gente descontenta, así que al final nos salió un híbrido extraño, un hijo casi pródigo, de extraño nombre y pelaje, una especie de anarcofascismo. En nuestra web teníamos fotos de Mussolini y de Durruti, así, uno al lado del otro.

POLICÍA II. Eso no es posible.

TENIENTE. *(Al policía segundo.)* Usted no se entrometa. *(A Apolonio.)* ¿Y eso del anarcofascismo ése que es?

APOLONIO. Como su propio nombre indica, es una criatura sorprendente, no por ello menos bella. El ideal del anarcofascismo es crear una sociedad asamblearia y corporativa, con muchas, muchísimas leyes y normas para garantizar la libertad de todos sus miembros, libertad, que como ustedes sabrán, es la máxima aspiración de los anarquistas, mezclada con un sistema que permitiría en la práctica, hacer lo que al líder le diera la gana. Y sería un Estado tan sumamente totalitario que no haría falta que nadie hiciera cumplir las leyes porque los ciudadanos las cumplirían solos. Así veríamos un Estado que a la vez sería un No Estado ¿comprenden?

POLICÍA II. Yo esto lo veo una ida de la pelota.

APOLONIO. Para nada, en nuestro web se explicaba todo muy clarito, para atraer a los radicales de los dos extremos. Así, unidos contra este sistema, lucharíamos juntos para derribarlo y después ya nos apañaríamos entre nosotros.

TENIENTE. Todo esto quiere decir que esa web ya no existe, puesto que habla en pasado de ella.

APOLONIO. Cuando tuvimos un número considerable de militantes decidimos organizarnos en células, como los antiguos comunistas. Los de ahora son muy edulcorados y democráticos, pero nosotros, evidentemente, de demócratas no tenemos nada.

TENIENTE. (*Exaltado.*) ¡De aquí está saliendo una conjura antidemocrática!

APOLONIO. Nuestras acciones a pequeña escala son un ensayo de lo que vendrá después, lo que en mucho tiempo se considerará la gran Revolución, que dejará a Lenin y los bolcheviques con un palmo de narices de la envidia que les iba a dar si estuvieran vivos.

TENIENTE. Y esa revolución, ¿para cuándo es?

APOLONIO. No debería decírselo, pero en el fondo, muy allá escondidito y recóndito, usted me cae bien, mire por donde, ya que me ha permitido dormir y me ha traído unas lentejitas buenísimas.

TENIENTE. Cuente, cuente. ¿Para cuándo tienen planeado el gran golpe?

APOLONIO. Para la semana que viene.

POLICÍA II. Claro, y Jesús bajará de los cielos y habrá un Juicio Final que condenará a los malos y salvará a los buenos. Igual que en el Señor de los Anillos.

APOLONIO. Gran película, sin duda alguna. Y los libros son muy imaginativos.

POLICÍA II. Más que usted, no.

TENIENTE. *(Al policía segundo.)* Carrasco, por favor, que estamos ante una intriga de proporciones inimaginables.

POLICÍA II. *(Al teniente.)* Yo de usted no haría ni el menor caso.

APOLONIO. Le puedo explicar con detalle nuestros planes, pues yo soy, ni más ni menos, que uno de los cerebros de la organización.

TENIENTE. *(Saltando de júbilo.)* ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Ya me veo en el estrellato de las televisiones públicas, y las privadas. Me entrevistarán en la CNN.

POLICÍA II. Yo le veo limpiando las letrinas.

TENIENTE. Carrasco, usted lo que tiene que hacer es colaborar.

POLICÍA II. A ver, don Apolonio ¿quién es el jefe de esa supuesta organización? ¿O es que usted no tiene acceso al gran hombre?

APOLONIO. El gran hombre resulta ser una mujer, ¿sabe usted?

TENIENTE. Aquí quien hace las preguntas soy yo. ¿O es que nadie va a hacerme caso?

APOLONIO. Usted pregunte, que, como me cae bien, yo le diré todo lo que quiera.

POLICÍA II. (*Puntualizando las palabras, al teniente.*) Eso hará, le dirá lo que usted quiere oír.

TENIENTE. Mire Carrasco, creo que no le necesito. Coja la puerta, en sentido figurado se sobreentiende, y márchese.

POLICÍA II. (*Muy digno.*) En menudo embolado se está metiendo. (*Sale de escena.*)

TENIENTE. Ahora ya no habrá más interrupciones. Puede contarme los planes de los LELOS, empiece, empiece. (*Ansioso.*)

APOLONIO. La revolución empezará con una serie de acciones conjuntas, perfectamente milimetradas y cronometradas. A las 8 de la mañana del día H, las amas de casa, después de dejar a sus niños en la escuela, empuñarán las armas y asaltarán los supermercados, haciendo gran acopio de frutas y verduras, que hay que cuidar el colesterol. ¿Se imagina el torrente de mujeres insatisfechas, rifle en mano, unidas en un mismo ideal, llenando los carros de tomates y naranjas, gratis?

TENIENTE. ¡Qué miedo!

APOLONIO. (*Cada vez se va exaltando más.*) Eso no es nada, comparado con lo que ocurrirá simultáneamente. Las fábricas quedarán paralizadas, incluso los hospitales y las escuelas, y de los asilos de ancianos saldrá una multitud heroica de viejas glorias clamando por el fin del imperio de las multinacionales.

TENIENTE. Amas de casa y ancianos.

APOLONIO. (*Muy exaltado.*) Y los obreros, médicos y maestros. Sin olvidar a los militares y policías que desarmarán a sus mandos y compañeros, sumándose a la rebelión, que esperamos en un principio sea pacífica e incruenta.

TENIENTE. ¡Esto es una alta traición! ¡Esos deberán ser juzgados por un tribunal militar!

APOLONIO. (*Tono de fanático.*) Todas las etts del país serán quemadas, por no hablar de las embajadas de los otros países, dinamitaremos el Palacio de la Moncloa y las sedes de la Coca Cola.

TENIENTE. ¿Y las armas? ¿Y los explosivos?

APOLONIO. Nos los ha prestado Bin Laden.

TENIENTE. ¡Esto es muy fuerte! Tengo que hablar con mis superiores inmediatamente.

APOLONIO. El día H es el 3 de marzo. A las ocho de la mañana.

TENIENTE. (*Levantándose.*) Voy a avisar inmediatamente. Mientras, se tumba en el colchón de la sala de al lado.

APOLONIO. (*Levantándose.*) ¿Podré dormir mis ocho horitas? Es que estoy muy cansado. Ya no es como antes, que aguantaba horas y horas sin dormir. Esto es sin duda una muestra de cómo van mermando nuestras facultades por el paso de los años.

TENIENTE. Usted duerma el tiempo que pueda. (*Apaga la grabadora.*)

POLICÍA I. ¿Y ahora, qué hacemos, señor?

TENIENTE. Ahora nos vamos.

(*Salen los tres de escena.*)

ESCENA II

(Se ve la misma sala. Entra el teniente.)

TENIENTE. *(Saca un móvil del bolsillo de la chaqueta del uniforme.)* Antonia, Antonia, no te lo vas a creer. De esta me nombran comisario o algo mejor todavía.

ANTONIA. *(Sólo se oye la voz.)* ¿Estás seguro? A ver si va a ser como la otra vez, con aquellos traficantes de drogas que resultaron ser el embajador de Gambia y su novia.

TENIENTE. ¡De esta va, Antonia, que sí! He informado de lo que se está cociendo en el país, y gracias a mi informe está toda la policía en alerta máxima, por no hablar del ejército, que pronto patrullará las calles.

ANTONIA. ¿Y eso por qué?

TENIENTE. Por la revolución.

ANTONIA. Eso ya no está de moda.

TENIENTE. Que sí, que hay un montón de gente metida en el ajo, asaltarán los bancos y las mercerías, y todo gracias a Bin Laden.

ANTONIA. Ése sí que está de moda.

TENIENTE. No es una cuestión de modas, Antoñita, que quieren llevarse al Rey directito a la Luna.

ANTONIA. ¿En un cohete?

TENIENTE. No, de una onda expansiva.

ANTONIA. ¡Qué noticia! Eres mejor que los de Aquí hay tomate.

TENIENTE. Todo esto es un secreto riguroso Antoñita. Ni una palabra.

ANTONIA. ¿Quién crees que soy? Claro que no diré nada.

TENIENTE. Hoy no iré por casa, estoy muy ocupado tratando de salvar el país de los terroristas. *(Aprieta una tecla del móvil y se lo guarda en el bolsillo.)*

TENIENTE. ¡Apolonio! ¡Apolonio!

(Pequeña pausa. Entra Apolonio en escena.)

APOLONIO. *(Con calma, casi cariñosamente.)* Teniente, podía haber venido a despertarme con suavidad, con cariño, hasta con dulzura. Porque usted, allá muy en el fondo, es un hombre bueno y caritativo.

TENIENTE. ¿Y de dónde saca esa conclusión?

APOLONIO. Yo veo más allá de las apariencias. Tengo una especie de tercer ojo, de campo magnético que me acerca a las personas como usted, y me aleja de los malvados.

TENIENTE. *(Pavoneándose.)* O sea, que soy un hombre con encanto.

APOLONIO. Para tener encanto de verdad uno se tiene que suicidar.

TENIENTE. ¿Cómo dice?

APOLONIO. Uno se suicida y después las jovencitas de las siguientes generaciones van a ponerle flores en la tumba. Es todo muy romántico.

TENIENTE. Pero entonces uno ya está muerto.

APOLONIO. Esa es la desventaja.

TENIENTE. Yo no me pienso suicidar. Pero no le he llamado para eso. He hablado con los altos mandos del ejército y de las fuerzas de seguridad. Están todos en alerta, dispuestos a dismantelar la trama terrorista.

APOLONIO. Claro.

TENIENTE. ¿Sólo dice claro?

APOLONIO. ¿Y qué quiere que diga?

TENIENTE. Querían trasladarle a un centro de los servicios secretos, que ya están sobre la pista de los LELOS, pero me he opuesto terminantemente. Yo quiero la gloria de haber descubierto semejante nido de revolucionarios.

APOLONIO. Sin duda ninguna, la gloria será suya.

TENIENTE. Y el poder.

APOLONIO. Llevará un uniforme más bonito, saldrá en los telediaros, y le perseguirán las mujeres atraídas por su heroísmo.

(Entran el policía primero y el policía segundo.)

POLICÍA I. ¡Teniente!

POLICÍA II. ¡La televisión!

TENIENTE. Espero tengan ustedes dos un buen argumento para entrar de esta manera, interrumpiendo mi conversación con el detenido.

POLICÍA II. ¡La televisión está informando que los terroristas de Al Qaeda planean cargarse a todo el Consejo de Ministros! ¡Y envenenar el agua!

POLICÍA I. Y secuestrar a todas las vacas para dejarnos sin leche.

TENIENTE. Pero eso no es posible.

POLICÍA II. Están alertando a todo el país, el ejército está arrestando a jovencitos calvos o de pelos largos.

POLICÍA I. La radio dice que los ciudadanos están entrando masivamente en las grandes superficies y el tráfico está colapsado.

TENIENTE. *(Para sí.)* Esta ha sido Antonia. Vete a saber qué ha contado y a quién.

A ver. Salgan todos un momento que tengo que hacer una llamada muy seria e importante a la gente competente y encargada de todo el asunto y sus tejemanejes.

(Salen Apolonio, el policía primero y el policía segundo.)

TENIENTE. *(Saca el móvil y marca unos números.)* ¿Antonia? A ver, Antoñita, ¿a quién le has contado lo de Al Qaeda?

ANTONIA. A mamá, porque siempre dice que eres un inútil, a Pepa, porque se las da de que su marido es el mejor cocinero de la demarcación, y también a Ernesto, de la panadería.

TENIENTE. ¿A Ernesto? ¿Se lo has contado a Ernesto? Pues está saliendo la noticia por la televisión.

ANTONIA. Ya lo sé, han parado la programación normal, dicen que han controlado la situación, pero aquí en el barrio veo salir a la gente con las maletas.

TENIENTE. ¿Por qué no has sido discreta?

ANTONIA. ¡Si lo he sido! Yo sólo se lo he contado a tres personas, para que vean qué nivel tiene mi marido, que se codea con Bin Laden.

TENIENTE. ¿No habrás contado eso?

ANTONIA. ¡Por supuesto que sí!

TENIENTE. ¡Ay madre mía, que me veo condenado a cadena perpetua!

ANTONIA. Quedaría más bonito un fusilamiento. Así yo cobraría la pensión de viudedad.

TENIENTE. ¡Antonia, que me causarás la ruina!

ANTONIA. Tú eres como Cristóbal Colón, que descubrió América y acabó miserable.

TENIENTE. Por lo menos no acabó en la cárcel por deslenguado y divulgador de secretos de Estado.

ANTONIA. Otro día no me cuentes nada.

TENIENTE. Por ahora, mejor que lo dejemos. La cizaña ya ha sido sembrada y ahora hay que apechugar con las consecuencias. Hasta luego.

ANTONIA. Nada de hasta luego. Tengo que informarte que yo también he hecho las maletas, he llenado el coche con botellas de agua, y los niños y yo nos vamos a Roma.

TENIENTE. ¿Y por qué a Roma?

ANTONIA. Puestos a huir, por lo menos iremos a un sitio con clase y prestancia, recuerdo de césares y gladiadores fuertes y valientes.

TENIENTE. ¡Hay que dar ejemplo!

ANTONIA. Cuando hayáis cogido a todos los sediciosos, entonces volveremos, los niños y yo.

TENIENTE. ¡Cuidado con los italianos!

ANTONIA. Los italianos lo que tienen es que hablan.

TENIENTE. Eso lo hace todo el mundo, menos los mudos.

ANTONIA. Es que los italianos hablan en italiano y ese idioma tan bonito que tienen, que suena como música, les convierte en irremisiblemente atractivos.

TENIENTE. ¡Tú a mí no me pones los cuernos!

ANTONIA. ¿Me imaginas ligando con Berlusconi?

TENIENTE. Bueno, si es con un presidente, no me opongo.

ANTONIA. ¡Nos vamos ya! Como está haciendo todo el mundo.

TENIENTE. *(Le da a un botón del móvil y lo esconde.)* ¡Qué desastre! ¡Qué calamidad! La televisión como siempre diciendo lo que le da la gana, falseando las noticias y poniendo a la gente histórica con el bulo de los moros. *(Gritando.)* Ya pueden entrar.

POLICÍA I. Señor, los aeropuertos están colapsados, igual que la RENFE y el transporte público. La gente huye del país como si hubiera una guerra inminente.

POLICÍA II. Los tertulianos no cesan de decir que ellos ya habían avisado que había que combatir el terrorismo internacional.

APOLONIO. Pero si somos todos españoles.

POLICÍA I. Ibarretxe acaba de declarar la independencia de Euskadi, aprovechando el caos y el vacío de gobierno, pues todos sus miembros están en el búnker de la Moncloa y no dicen ni mu.

POLICÍA II. Montilla ha sido secuestrado por los de Esquerra Republicana, que le van a obligar a hacer lo mismo en Cataluña.

POLICÍA I. Los jornaleros andaluces van cantando por la calle y ocupando los latifundios.

POLICÍA II. Todas las mezquitas han sido clausuradas y las iglesias tienen triple protección policial.

POLICIA I. Los que no pueden huir se encierran en sus casas y no le abren a la puerta ni al cuñado o al primo que ha quedado colgado en el medio de la ciudad.

POLICÍA II. La semilla del terror ha sido sembrada. Me temo que seremos el hazmerreír del mundo entero.

APOLONIO. Nosotros la única relación que tenemos con Al Qaeda es que nos prestaron las armas para hacer frente al sistema capitalista neo liberal que nos esclaviza a cambio de los programas basura de la televisión.

POLICÍA II. (*A Apolonio.*) Usted la única relación que tiene con Al Qaeda es la que tengo yo: de las noticias de los medios de comunicación.

TENIENTE. ¿Y los periódicos?

POLICÍA I. El País ha sacado una edición especial, y el Mundo también. El ABC dice que el mundo cristiano corre un serio peligro: primero España y luego, Europa entera, caerá bajo las garras del fundamentalismo islámico.

APOLONIO. ¿Y los LELOS? ¿No dicen nada de nosotros?

TENIENTE. Orden, por favor. Un poco de orden. ¿Quieren decir que el país está sumido en el caos más absoluto?

POLICÍA I. Hay aprovechados que venden máscaras anti gas, por si utilizan armas químicas.

POLICÍA II. El ejército patrulla las calles pero no pueden estar en todos los sitios. Hay motines en las cárceles pues algunos funcionarios han huido y hay gente que asalta tiendas y comercios.

POLICÍA I. El Museo de Prado y el Reina Sofía están especialmente protegidos, pero ya han desaparecido unos cuantos cuadros, que, por otra parte, resultarán imposibles de vender.

TENIENTE. (*Para sí.*) Y todo por mi llamada telefónica.

POLICÍA II. Eso sí, de los LELOS no hay ni rastro.

POLICÍA I. Deben actuar confundidos entre la multitud.

TENIENTE. Vamos a descansar todos. Esperaremos órdenes.

ACTO TERCERO

ANTONIA. *(Entra en la misma sala, donde vemos la mesa y las tres sillas.)* ¿Dónde está mi marido?

TENIENTE. *(Entra también.)* Antonia, ¿qué haces aquí? ¿No estabas de camino a Italia?

ANTONIA. ¡He tardado cuatro horas en llegar a la glorieta de Atocha! ¡Ni pensar en lo que podría tardar en salir del país!

TENIENTE. ¿Y los niños?

ANTONIA. Están ahí al lado, con Ambrosio y Carrasco.

TENIENTE. Pero Antonia, ¿no podéis estar aquí!

ANTONIA. *(Acercándose al Teniente, mimosa.)* ¡Tengo mucho miedo, amorcito! El ejército patrulla las calles, la gente se ha vuelto loca. En realidad, todos estamos como locos. La gente se pelea por una barra de pan y el metro ni te cuento, la gente salta por los andenes – me lo ha dicho la prima Laura – y todos los bancos han cerrado a cal y canto, porque todo el mundo quiere vaciar su cuenta corriente.

TENIENTE. *(Separándose de ella.)* ¡Qué desastre! ¿Por qué se lo tuviste que contar a Ernesto, el más bocazas de todo el barrio?

ANTONIA. *(Acercándose otra vez al Teniente.)* Es que estoy harta de que todo el mundo diga que eres tonto.

TENIENTE. *(Separándose de Antonia.)* Sigo aquí esperando unas órdenes que no llegan.

POLICÍA II. *(Entrando.)* Teniente, los niños no paran de tocar las cosas. Uno se ha metido en Internet para ver las páginas pornográficas.

TENIENTE. *(Con gestos tajantes.)* Pues se lo impide, señor Carrasco.

POLICÍA II. (*Un poco dolido.*) Es que le han secundado todos los hermanos, teniente. Y aquí sólo estamos Ambrosio y yo.

TENIENTE. (*Encarándose con el Policía II.*) ¿Quiere decir que dos policías como ustedes son incapaces de frenar los avances erótico pubertiles de cuatro criaturas?

POLICÍA II. (*Aguantando el tipo.*) Es que el mayor mide el metro noventa y el menor metro setenta, teniente.

ANTONIA. (*Toda orgullos, paseando entre lo dos hombres.*) Es que mis hijos están muy bien criaditos.

TENIENTE. (*Se desentiende de la situación y pasea entre las sillas.*) Pues que miren lo que quieran, total, no van a ver nada de otros mundos.

(*El Policía Segundo se retira.*)

ANTONIA. (*Cogiéndole una mano.*) Me gustaría conocer al cabecilla que has detenido, cariño.

TENIENTE. (*Retira la mano y dice con calma.*) Está durmiendo.

ANTONIA. (*Sentándose en una silla frente a la mesa.*) ¡Qué bueno eres! Cualquier otro le tendría bajo vigilancia exhaustiva.

POLICÍA I. ¡Señor! (*Antonia se levanta de la silla inmediatamente.*)

TENIENTE. (*Muy estirado.*) Espero que sea importante, agente Ambrosio, porque ya ve que estoy muy ocupado. ¿Qué pasa con los niños? ¿Se han metido en un chat de pederastas?

POLICÍA I. (*Descontrolado, da varias vueltas por el escenario.*) ¡Muchísimo peor, mi teniente!

TENIENTE. (*Siguiéndole con la mirada, da vueltas con el cuerpo siguiendo el movimiento del Policía I sin moverse del sitio en el*

que está) ¡No habrán entrado aquí los terroristas y se los han llevado!

POLICÍA I. *(Para de pasear.)* ¡No, señor!

ANTONIA. *(Vuelve a sentarse. Se toca las uñas con los dedos, como si se las estuviera limando.)* Deja de hacer preguntas y deja que te diga lo que pasa.

POLICÍA I. *(Al principio coge aire.)* ¡Apolonio Martín se ha fugado! ¡No aparece por ninguna parte!

TENIENTE. *(Tratando de mantener la calma.)* El señor Martín está durmiendo en su celda.

POLICÍA I. Pues entre y comprobará que no hay nadie.

TENIENTE. *(Perdiendo los estribos.)* ¡Esta comisaría es de alta seguridad! ¡No puede haberse largado!

POLICÍA I. *(En frente mismo del Teniente.)* ¡Lo ha hecho!

TENIENTE. *(Se desploma sobre la silla que está detrás de la mesa.)* Y justo ahora, cuando vendrá a interrogarle el agente Ruiz del Centro Nacional de Inteligencia.

ANTONIA. *(Sigue sentada en la silla, tiene las piernas cruzadas.)* ¿Ha mirado debajo de la cama? A lo mejor es sonámbulo el buen hombre y se ha metido ahí debajo en sueños.

TENIENTE. *(Repitiendo lo que dice Antonia.)* Eso, Ambrosio, mire bien debajo de la cama.

POLICÍA I. *(Seguro de sí mismo, en frente del Teniente.)* He registrado la habitación entera. Ahí sólo quedan sus huellas y nada más.

TENIENTE. *(Histérico.)* ¡Habrá que buscarle!

POLICÍA I. ¿Y quién cuidará de sus hijos?

TENIENTE. *(A Antonia, con dulzura.)* Querida, ya lo ves. Aquí se han complicado las cosas. Mejor que los niños y tú os vayáis a casa de la prima Laura.

ANTONIA. *(Levantándose de la silla, con cara de pocos amigos.)*
¡Si vive en Moratalaz!

TENIENTE. Os vais dando un paseito.

ANTONIA. *(Pone su ropa en orden.)* ¿Del Retiro a Moratalaz andando? ¡Ni lo sueñes!

TENIENTE. *(Servil.)* Os llevo yo en un furgón. Seguro que así conseguiré sobrepasar el atasco. Y usted, *(al policía primero, con acritud.)* Usted se pone a buscar a Apolonio Martín hasta debajo de los cubos de la basura, si es necesario.

(Salen los tres de escena. Entra el policía segundo, que pasea por el escenario mientras va hablando.)

POLICÍA II. Ambrosio buscando a Apolonio, el teniente llevando a su mujer y a sus hijos a Moratalaz y yo esperando al agente de los servicios secretos. ¡Qué barbaridad! Y aquí no se pronuncia nadie, tú. El gobierno desaparecido, y ya son casi las ocho de la tarde.

(Entra el agente Ruiz, que viste la típica gabardina con el típico sombrero. Eso sí, va sin periódico.)

RUIZ. Buenas tardes, ¿está el teniente?

POLICÍA II. *(Deja de pasear.)* Aquí sólo estoy yo. El teniente ha tenido que salir en misión urgentísima.

RUIZ. *(Se pone delante del Policía II. Están situados en el centro del escenario.)* ¿Y qué ha podido ser tan urgente? Sabía que tenía que venir a interrogar al detenido.

POLICÍA II. *(Suspirando.)* El detenido tampoco está.

(El diálogo que sigue es muy rápido.)

RUIZ. ¿Le han torturado y se ha desvanecido?

POLICÍA II. No, le hemos dado unas lentes y luego le hemos dejado una cama para dormir.

RUIZ. ¿Y se ha evaporado en sueños?

POLICÍA II. Se ve que se ha fugado.

RUIZ. ¡Y ustedes qué hacían, mientras tanto!

POLICÍA II. De canguros.

RUIZ. ¿Iban saltando por la comisaría?

POLICÍA II. Es que han venido unos niños, bueno, no tan niños ya.

RUIZ. ¿Y qué hacían unos niños aquí?

POLICÍA II. Eran los hijos del teniente.

RUIZ. Pero eso no responde mi pregunta.

POLICÍA II. Son adictos a Internet, los cuatro.

(Se retoma el tono normal de la conversación.)

RUIZ. Mire, no me cuente nada más, que me da dolor de cabeza.

POLICÍA II. El caso es que estamos así. El teniente ha salido, el agente Ambrosio está intentando localizar al señor Apolonio Martín y yo me que he quedado aquí a esperarle a usted.

RUIZ. Sin el señor Martín yo aquí no tengo nada que hacer.

POLICÍA II. Tómese un café y descanse.

RUIZ. Venga, me tomaré ese café.

(El policía segundo sale y vuelve a entrar con dos vasos llenos de café con leche. Los pone encima de la mesa. Los dos hombres se sientan al lado de la mesa, con los vasos con café delante.)

RUIZ. *(Dando unos pequeños sorbos al vaso de café.)* Lo que no me explico es como aquí no hay más agentes, no está el comisario, ni hay ningún cargo más.

POLICÍA II. *(Tiene el vaso cogido entre las dos manos.)* Todos tienen trabajos relacionados con la conjura.

RUIZ. *(Deja el vaso encima de la mesa.)* Ya veo, ya.

POLICÍA II. Y así, entre usted y yo, ¿la revolución ésa tiene algún viso de realidad?

RUIZ. Nunca se puede descartar nada a la ligera.

POLICÍA II. ¿Y ésos LELOS, existen? *(Deja el vaso encima de la mesa.)*

RUIZ. Estamos investigando a todos los círculos extremos, de un lado y del otro, y por ahora no hemos encontrado nada.

POLICÍA II. Yo pienso que esto es una trola impresionante.

RUIZ. *(Vuelve a coger el vaso y se lo bebe de golpe. Lo deja encima de la mesa.)* Todos los indicios apuntan a que tiene usted razón.

POLICÍA II. Entonces, ¿por qué no informan inmediatamente?

RUIZ. Porque el alto mando no se convence de que todo sea mentira.

POLICÍA II. *(Coge el vaso y bebe un poco, lo deja encima de la mesa.)* Igual que el teniente, que se ha creído toda esa sarta de tonterías.

RUIZ. Mis superiores insisten en que todo es tan secreto que no encontramos indicios y pruebas por ese mismo carácter enigmático.

POLICÍA II. Está todo patas arriba. Yo, después de lo que veo por la tele, agradezco estar aquí encerrado.

RUIZ. Y el gobierno sin chistar. ¿No es vergonzoso?

POLICÍA II. Estamos sumidos en el caos más absoluto. ¡Y pensar que todo lo ha organizado un solo hombre!

RUIZ. Lo que no entendemos en la Casa es que haya salido filtrada la noticia. Y además de manera tan inexacta.

POLICÍA II. Eso es porque usted no conoce a Antonia, la esposa del teniente.

RUIZ. *(Casi se pone de pie pero se vuelve a sentar.)* ¿Quiere usted decir que el teniente se chivó a su mujer?

POLICÍA II. Ni más, ni menos. *(Se termina el contenido del vaso y lo deja encima de la mesa.)* Y aquí se ha presentado la señora, con los cuatro hijos y el teniente la ha llevado con su prima de Moratalaz.

RUIZ. *(Incrédulo.)* ¿El teniente? ¿Ha abandonado el servicio para llevar a su mujer e hijos a casa de la prima, estando Apolonio fugado?

POLICÍA II. Eso es exactamente lo que ha pasado.

RUIZ. ¡Aquí no hacen falta revoluciones!

POLICÍA II. ¿Por qué no avisamos a los medios de comunicación de que aquí no pasa nada, ni con Bin Laden ni con nadie?

RUIZ. Imagine que todo es verdad.

POLICÍA II. Ustedes no han encontrado nada, hasta ahora.

RUIZ. Eso no quiere decir que no vayamos a encontrarlo.

POLICÍA II. Una supuesta organización de quince mil personas alguna huella tiene que dejar. Algún documento, algún descuido tienen que tener. No pueden ser quince mil robots programados para ejecutar un plan. ¡Las amas de casa, los ancianos, los obreros, los militares!

RUIZ. Ésa es la principal sospecha que hay en el alto mando. Piensan que los investigadores también puedan ser infiltrados de la organización terrorista.

POLICÍA II. ¿Quiere saber mi opinión? ¡Están todos paranoicos!

RUIZ. El caso es que Apolonio se ha fugado y ya no le puedo interrogar. Y yo no le daría lentes, precisamente, sino unos cuantos sopapos.

POLICÍA II. *(Se pone de pie.)* ¡Eso no! ¡Nada de violencia!

RUIZ. Pero ¿qué clase de policía es usted?

POLICÍA II. Pacifista y militante de Amnistía Internacional.

RUIZ. *(Suspirando.)* Así iremos muy lejos. El país boicoteado y usted que no quiere darles sopapos a los detenidos. No digo yo otras cosas, que bueno vale, pero unos sopapos...

POLICÍA II. Delante de mí no, desde luego.

RUIZ. Voy a ver la tele, a ver si hay alguna novedad.

POLICÍA II. Yo me fío más de la radio.

RUIZ. Tráigala ya y así nos enteramos los dos.

(El policía segundo sale, y entra seguidamente con un aparato de radio. Aparta los dos vasos y pone la radio encima de la mesa.)

POLICÍA II. *(El policía segundo pone en marcha el aparato y se sienta.)* Oiga, oiga, esto es muy fuerte. RUIZ. Pero no hable, que entonces no oímos nada.

LOCUTORA. Informamos a los señores ciudadanos que, a propuesta del Gobierno de la nación, el Congreso de los Diputados ha declarado el estado de sitio en todo el territorio nacional, durante una semana. En confianza, señores radioyentes, los diputados han llegado al Congreso en helicóptero, pues todos los transportes están colapsados y las carreteras llenas de vehículos. Se ruega a los señores ciudadanos que vuelvan a sus casas, pues ya no pueden circular libremente por el territorio nacional ni salir al extranjero. Les iremos informando puntualmente de los

comunicados y acciones del gobierno de la nación para atajar el estado de las cosas, que es más bien caótico. Hasta entonces, pueden escuchar música. (*Suenan marchas militares.*)

POLICÍA II. ¿No van a explicar nada más?

RUIZ. Tenga usted en cuenta que la libertad de expresión ha sido limitada. Los medios de comunicación no pueden informar libremente, están sometidos a las directrices del gobierno.

POLICÍA II. Bueno, eso por lo menos nos libraré de los tertulianos.

RUIZ. El gobierno por fin ha actuado.

POLICÍA II. Pero la gente ya ha salido en desbandada.

RUIZ. Tendrán que devolver a todo el mundo a su casa. Menos a los primeros que se fueron, éstos ya deben estar en la Patagonia.

POLICÍA II. ¿Y usted cree que el estado este de sitio arreglará algo?

RUIZ. Pienso sinceramente que no, pues la debacle es mayúscula. Aquí nadie se fía ya de nadie y no me extrañaría que empezaran a detener gente, pues sabe usted que el domicilio ya no es inviolable.

POLICÍA II. ¡Pero como van a devolver a la gente a sus casas si está toda la ciudad en la calle!

RUIZ. Ése no es nuestro problema.

POLICÍA II. No me gustaría estar en la piel del Teniente.

RUIZ. ¡Usted está convencido que todo es mentira!

POLICÍA II. (*Con la mano apoyándose el mentón.*) Ahora lo que quiere la gente es tener un coche más grande, un pisito mono y la hipoteca con el más bajo interés posible, un par de niños, rubitos a poder ser. La gente no quiere una revolución, eso también se lo digo yo.

RUIZ. Sería escandaloso que se hubiera montado todo esto por una invención.

POLICÍA II. Y el inventor, desaparecido.

(Entra Apolonio Martín, desesperándose.)

APOLONIO. Buenos días o buenas noches. No quiero ser maleducado, nada más lejos de mi intención, sólo que no sé ni el día ni la hora.

POLICÍA II. De cuando le ejecuten por traidor.

RUIZ. *(Se gira en dirección a Apolonio.)* ¿Y este hombre quién es?

POLICÍA II. Este es el gran hombre. *(Con ríntintín.)* El señor Apolonio Martín.

RUIZ. Pero ¿no se había escapado!

APOLONIO. ¿Escaparme yo? ¿Tal y cómo está la ciudad y seguramente el país entero? Ni loco.

RUIZ. El gobierno ha declarado el estado de sitio. ¡Y todo por su culpa!

APOLONIO. La culpa la tienen éstos *(señalando al policía segundo.)* *(A RUIZ.)* Si no se hubieran metido conmigo, hubieran lesionado mi libertad de ciudadano que nunca se ha metido en camisas de once varas, que paga escrupulosamente sus impuestos y que realizó el servicio militar cuando era obligatorio, nada de esto habría pasado.

RUIZ. ¿Quiere decir que todo esto de los LELOS es mentira?

APOLONIO. ¡Pues claro!

POLICÍA II. *(Levantándose de la silla.)* Si yo lo he sabido siempre.

A ver que grupo va a ponerse un nombre como ése.

RUIZ. *(Se pone de pie y habla muy lentamente.)* ¿Quiere decir, y eso lo afirma tan tranquilamente, que ha puesto el país en jaque, casi en mate, porque le fastidió que le detuvieran?

APOLONIO. *(Con tono de discurso, en frente de RUIZ.)* Mire usted, la libertad y los derechos de un ciudadano valen igual que los de todos los demás. A mi se me afrentó, se me detuvo sin pruebas, cuando iba a hacer deporte con una amiga. Ella se libró porque su padre es comandante pero yo... aquí me quedé.

POLICÍA II. Con sus lentes. *(Los tres hombres van cambiando alternativamente de posición en el escenario.)*

RUIZ. Hay que informar inmediatamente.

APOLONIO. *(Al policía segundo.)* Y a mí no va a ejecutarme nadie.

POLICÍA II. Era una manera de hablar, que soy de Amnistía Internacional.

APOLONIO. Pues vaya socio más raro es usted. Por cierto, ¿y el teniente?

POLICÍA II. Él sí que intentará matarle, después de la que han montado.

RUIZ. *(Al Policía II)* El verdadero culpable de todo es el Teniente. Él fue quien detuvo a este hombre sin pruebas, quien le interrogó, quien se creyó las pamplinas y quien divulgó la información. Y no contento con eso, quien ha abandonado el servicio por asuntos personales.

APOLONIO. ¡Pobre teniente!

POLICÍA II. A buenas horas se compadece usted del teniente.

RUIZ. *(Al Policía II.)* Y ahora ¿qué hacemos?

POLICÍA II. Pues informar a los altos mandos, si le parece.

RUIZ. Pero es que quedaremos todos de gilipollas.

POLICÍA II. En realidad ese no es nuestro problema.

APOLONIO. ¿Y yo, me puedo ir?

POLICÍA II y RUIZ. ¡NO!

APOLONIO. Si yo ya no pinto nada, ¿por qué me retienen?

RUIZ. Usted ha originado todo este embrollo. ¿Oye el ruido? Eso es el ejército del aire que sobrevuela la ciudad.

POLICÍA II. Y por cierto señor Martín, ¿dónde estaba?

APOLONIO. ¿Dónde iba a estar? Aquí.

POLICÍA II. Ambrosio no le ha visto por ningún lado.

APOLONIO. Porque no ha mirado en el retrete.

POLICÍA II. ¿Se ha pasado en el retrete dos horas?

APOLONIO. Media hora. Se ve que las lentejas me han sentado mal.

POLICÍA II. ¡El retrete está cerrado con llave!

APOLONIO. La llave estaba puesta en la cerradura.

RUIZ. *(Al público.)* ¡Qué inútiles son! Si esto se llegara a saber.

APOLONIO. Me gustaría disculparme con el teniente. Me temo que la hemos liado muy gorda.

RUIZ. ¡Y tan gorda! No se lo puede usted ni imaginar. Han conseguido el sueño de los terroristas. Crear el pánico a gran escala.

APOLONIO. Los terroristas son unos ineptos. ¡Con lo fácil que es! Y sin matar a nadie.

POLICÍA II. Vamos Ruiz, hay que informar a los de arriba.

RUIZ. Están todos paranoicos. No nos van a creer.

POLICÍA II. Apolonio colaborará en decir la verdad.

APOLONIO. Yo no pienso abrir la boca.

POLICÍA II. (*A Apolonio.*) Por la cuenta que le tiene va usted a colaborar.

APOLONIO. ¿Y si no colaboro? Recuerde que usted es de la Amnistía.

RUIZ. Pero yo no.

APOLONIO. (*A Ruiz.*) ¿Y qué me haría?

RUIZ. Me lo llevaría a la sede central. Y allí nadie es de Amnistía Internacional.

APOLONIO. Está bien. Desmentiré todo.

(*Entra el teniente, sofocado.*)

TENIENTE. Buenas noches.

APOLONIO. ¿Es de noche?

TENIENTE. ¡Le han cogido! ¿Dónde está Ambrosio?

POLICÍA II. Buscando al señor Apolonio, aquí presente.

TENIENTE. ¿Y dónde estaba?

POLICÍA II. Haciendo sus necesidades.

TENIENTE. ¡Ah! (*Mirando a Ruiz.*) Usted debe ser el de los servicios secretos.

RUIZ. Y usted debe ser el Teniente.

TENIENTE. He logrado regresar, después de todo.

RUIZ. (*Hablando deprisa.*) ¿Usted sabe la que ha organizado? El ejército en la calle, el gobierno en el búnker, los diputados en helicóptero y los supermercados arrasados.

TENIENTE. Yo soy un héroe nacional.

RUIZ. Usted lo que es, ¿sabe qué es? Un grandísimo imbécil. Y cotilla, además.

APOLONIO. Teniente, era todo mentira.

TENIENTE. ¿Qué dice ese hombre?

APOLONIO. No hay prevista ninguna revolución.

TENIENTE. ¿Y los LELOS?

APOLONIO. No existen.

TENIENTE. ¿Y eso del anarcofascismo?

APOLONIO. Otro invento.

TENIENTE. Pero, pero... no es posible.

RUIZ. Gracias a ustedes dos el país está sumido en el desastre más absoluto.

TENIENTE. ¡Él ha sido! Yo sólo he intentado abortar lo que parecía ser la revolución más importante del nuevo siglo.

RUIZ. Las responsabilidades las fijarán otros. Lo que tenemos que hacer es informar de lo que ocurre. O sea, que en realidad no ocurre nada.

POLICÍA II. Y lo antes posible.

TENIENTE. ¡Yo a ese hombre lo mato!

RUIZ. Usted no va a matar a nadie. Ustedes dos (*señala al teniente y a Apolonio.*) Ustedes dos lo que van a hacer es venir conmigo a la sede central.

(Salen todos de escena. El Policía segundo retira los dos vasos.)

ESCENA II

(Entra el policía primero. Ve al policía segundo sentado en una silla.)

POLICÍA I. Carrasco, me ha sido imposible encontrar al detenido.

POLICÍA II. No te preocupes, ya están todos en el Centro Nacional de Inteligencia.

POLICÍA I. ¿Y eso? ¿Quién está ahí? ¿Cómo han ido? A mi me ha costado Dios y ayuda volver.

POLICÍA II. Es muy largo de explicar. Pero, resumiendo, yo tenía razón. Todo era un bulo inventado por Apolonio.

POLICÍA I. *(Sentándose.)* ¡Pobre teniente! Él que se veía con un chalé en La Moraleja.

POLICÍA II. Di más bien que se encontrará con un chalé en chirona, porque de esta le acusan por alta traición, como mínimo.

POLICÍA I. ¿Y el Apolonio?

POLICÍA II. A ése también deberían acusarle por lo mismo.

POLICÍA I. El caso es que vuelva a reinar la ley y el orden.

POLICÍA II. La radio sólo da partes tranquilizadores. Los coches han quedado tirados por las carreteras, pero ya nadie asalta nada. Los ciudadanos han vuelto a sus casas.

POLICÍA I. Y los museos ya están a salvo.

POLICÍA II. Dicen que el gobierno ya ha controlado la situación.

POLICÍA I. Los transportes públicos no funcionan. Ni los taxis.

POLICÍA II. La gente debe estar muy asustada.

POLICÍA I. Muerta de miedo.

POLICÍA II. Los coches los va retirando la grúa, tienen para rato.

POLICÍA I. Tardarán una semana.

POLICÍA II. Lo que durará el estado de sitio. Ibarretxe ya ha dicho que de independencia, por ahora, nada. Y los manifestantes todos han sido disueltos, no se dice como.

POLICÍA I. Es fácil imaginarlo.

POLICÍA II. Y los catalanes también han vuelto al redil. Se alinean todos a favor de Zapatero.

POLICÍA I. A mi eso de ZP me suena a héroe de cómic.

POLICÍA II. A mi también.

(Pequeña pausa.)

POLICÍA I. ¿Qué le pasará al teniente?

POLICÍA II. Como mínimo, le degradan.

POLICÍA I. ¡Pobrecillo! Con lo que le gusta mandar.

POLICÍA II. O le expulsan.

POLICÍA I. Con lo que él ama el Cuerpo.

POLICÍA II. O le juzgan.

POLICÍA I. Esperemos que no.

POLICÍA II. Se lo merece, por tonto.

POLICÍA I. Ser tonto no es un delito.

POLICÍA II. Debería serlo.

POLICÍA I. ¡Con los niños tan monos que tiene! ¿Qué será de ellos?

POLICÍA II. Ya no son tan niños, el mayor tiene diecisiete años.

POLICÍA I. ¿Y a nosotros? ¿Crees que nos pasará alguna cosa?

POLICÍA II. No creo.

POLICÍA I. Nosotros sólo cumplíamos órdenes.

POLICÍA II. No digas eso, que suena nazi.

POLICÍA I. Es que es cierto.

POLICÍA II. Si el teniente me hubiera escuchado, esto no habría sucedido.

POLICÍA I. Estaba tan ilusionado él, con esa revolución. De alguna manera era como su criaturita.

POLICÍA II. La criaturita le ha salido bastante cara.

POLICÍA I. Vamos a poner la radio.

POLICÍA II. Estoy harto de la música militar.

POLICÍA I. A ver que dicen.

POLICÍA II. Vamos.

(El policía segundo enciende la radio, que sigue encima de la mesa.)

LOCUTORA. Ciudadanos y ciudadanas, el complot ideado por Al Qaeda junto con la banda terrorista ETA para asolar el país y sumirlo en la debacle más profunda, ha sido definitivamente frustrado por nuestros servicios de inteligencia en colaboración con las tres fuerzas de nuestro ejército. Se ha detenido a unos cientos de personas que presuntamente colaboraban con estos grupos y con otros de reciente formación, al servicio de los susodichos. El estado de sitio permanecerá los días establecidos por el Congreso de los Diputados para ayudar a la normalización del país.

Hay que decir, ahora que ha pasado el peligro, que hemos estado al borde de la tercera guerra mundial. Nuestros aliados europeos y americanos, con los Estados Unidos al frente, hubieran intervenido para desarticular a los grupos terroristas que querían disolver nuestras instituciones democráticas y desmembrar la nación española con oscuros fines.

Ciudadanos, en pocos días volveremos a la normalidad. *(Suena música militar, el policía segundo apaga la radio.)*

POLICÍA I. ¡Ya ha pasado todo!

POLICÍA II. Pero ¿a quién habrán detenido?

POLICÍA I. Siempre hay maleantes a quien detener.

POLICÍA II. Pero si todo era mentira, como lo era ¿quiénes son los presuntos terroristas?

POLICÍA I. ¡Vete a saber!

POLICÍA II. ¿Y por qué no han dicho la verdad?

POLICÍA I. ¿Qué iban a decir?

POLICÍA II. Claro, hubieran hecho el más puro de los ridículos.

POLICÍA I. ¡La tercera guerra mundial! ¡Qué poco ha faltado para la catástrofe!

(Pequeña pausa.)

POLICÍA II. Bin Laden estará muy alucinado.

POLICÍA I. ¿Si?

POLICÍA II. Un complot de Al Qaeda y él sin enterarse.

POLICÍA I. ¿Y los de la ETA?

POLICÍA II. Igualmente.

POLICÍA I. ¿Y los LELOS?

POLICÍA II. ¡No existen, hombre! ¿Todavía no te has dado cuenta?

POLICÍA I. Ya, ya.

POLICÍA II. A ver, volvamos a encender la radio. *(La enciende. Hay un pequeño silencio hasta que empieza a hablar la Locutora.)*

LOCUTORA. Como les decíamos, toda la conspiración ha sido conjurada gracias al trabajo y a la inteligencia de nuestras fuerzas de seguridad y también gracias a un anónimo ciudadano. Este ciudadano, trabajador y generoso, ha puesto en peligro su propia vida para salvar al país del desastre y al mundo de la invasión árabe. No quiere que divulguemos su nombre, pero será condecorado por el mismo Rey en una reunión secreta con la medalla más alta del mérito civil.

POLICÍA II. ¡Van a condecorar a Apolonio!

POLICÍA I. Calla y escucha. *(Los Policías I y II se acercan a la radio.)*

LOCUTORA. Este ciudadano se infiltró en la red de Al Qaeda, su conocimiento de la lengua árabe y de la religión musulmana se lo

permitió. Allí supo de la existencia del plan de gran magnitud de los terroristas, que planeaban hacer explotar a la vez los edificios de todas las instituciones, estatales y autonómicas.

POLICÍA II. *(En voz baja.)* Eso no se lo va a creer nadie.

LOCUTORA. Gracias al coraje de este ciudadano se han abortado los planes criminales de estas bandas, que unidas, pretendían sumir al país en el terror más absoluto.

POLICÍA I *(En voz baja, también.)* ¿Y del teniente, no dirán nada?

LOCUTORA. Este ciudadano, junto a un teniente de la policía nacional, del que no daremos el nombre por razones de seguridad personal evidentes, ha conseguido que el país no entrara en los atentados sucesivos planeados por los terroristas.

Estos dos hombres, trabajando en íntima colaboración, con la ayuda de agentes también anónimos, han devuelto la paz y abortado los criminales propósitos de provocar una guerra a gran escala. El teniente de policía será también debidamente condecorado y ascendido, por el gran valor mostrado en estas horas difíciles.

POLICÍA II. ¡Lo van a ascender!

POLICÍA I. A ver si se acuerda de nosotros.

LOCUTORA. Los artificieros ya hace horas que han desactivado todos los explosivos, que iban a estallar con una diferencia de cinco minutos cada uno. El gobierno promete la vuelta a la normalidad en unos pocos días. Buenas tardes a todos ustedes. En cinco minutos volvemos a emitir otro comunicado. *(Suena el himno nacional.)*

(Los policías primero y segundo se miran, el policía segundo se tapa la cara con las manos y el policía primero sonríe. Cae el telón.)

